

sus méritos, obras y triunfos; la *altanería*, que es una manera imperiosa de tratar al prójimo, como la arrogancia en mandarle, el desabrimiento en su trato; la *vanidad*, que hace jactarse del traje, de la figura, de las fuerzas y de otras ventajas reales ó imaginarias.¹ Hé aquí los hijos de la soberbia realmente dignos de tal padre.

La soberbia es un gran pecado, pues á ella se deben los demonios: contra Dios es altamente injuriosa, porque tiende á usurparle su gloria, y para los hombres es altamente abominable, porque tira á rebajarlos, y además se opone directamente á los ejemplos de Jesucristo. Es también pecado muy peligroso, por cuanto desvia la corriente de las gracias, resistiendo Dios á los soberbios, y permitiendo que caigan en pecados los mas humillantes. El orgullo puede considerarse como el origen de todos los demás pecados, y como un signo ordinario de reprobación.

El antídoto de la soberbia es la humildad: llámase humildad aquella virtud basada en el conocimiento de sí propio, que hace ser justo, esto es, estimarse en lo poco que realmente se vale. En efecto, nosotros nada tenemos, nada somos, nada valemos; todo procede de Dios, y todo se contiene en él, por consiguiente somos un cero á la izquierda, y así, ¿de qué podemos enorgullecernos? La soberbia estriba en la ignorancia: aprendamos á conocernos bien y seremos humildes; al objeto dirijámonos formalmente y á menudo las siguientes preguntas: Respecto á mi cuerpo y á mi alma, ¿qué he sido, qué soy, qué seré?—La humildad es una virtud indispensable para salvarnos; pero no la conseguiremos si no la pidiéremos, mayormente si no nos enforzaremos á practicarla; en pensamientos, evitando ponernos sobre el nivel de los demás, en palabras, hablando siempre en términos modestos y huyendo lo que oiere á alabanza propia, en acciones, descartando la ostentación, y practicando obras humillantes en espíritu de humildad.

La *avaricia* es un apego desarreglado á los bienes de la tierra. Traiciones, fraudes, pleitos, perjurios, recelos, dureza con los pobres

¹ Superbia nominatur ex hoc quod aliquis per voluntatem tendit supra id quod est. Unde dicit Isidorus, lib. X *Etymol.* ad lit. S: *Superbus dictus est, quia vult supervideri quam est.* Habet autem hoc ratio recta, ut voluntas ubi usque feratur in id quod est proportionatum sibi. Et ideo manifestum est quod superbia importat aliquid quod adversatur rationi recte. Hoc autem facit rationem peccati, quia malum animæ est preter rationem esse. Unde manifestum est quod superbia est peccatum. (D. Thom. 2, 2, q. 162, art. 1.)

son la triste posteridad de este vicio. Conoceremos que nos posee 1.º cuando codiciemos los bienes de otro; 2.º cuando el deseo de ganar dinero sea el único móvil de nuestros actos y empresas; cuando la posesión de los bienes temporales nos cause un placer inmoderado, y su pérdida una excesiva aflicción; cuando los granjeemos y conservemos por medios injustos; cuando no demos á los pobres lo superfluo; cuando no estemos dispuestos á perderlo todo antes que ofender á Dios. De ahí procede que san Pablo llama idolatría á la avaricia.

Es la avaricia un pecado enorme, pues contraria al amor que á Dios debemos profesar, distrayéndonos de su servicio, atendido que el hombre no puede pertenecer á dos señores. «Nada mas inicuo, dice el Espíritu Santo, que amar el dinero, y nada mas perverso que un avaro²;» así pues, Dios y los hombres le detestan igualmente. El antídoto de la avaricia es la limosna ó liberalidad: ésta es una virtud muy necesaria, de manera que la sentencia de nuestro Señor en el día del juicio se regulará por el modo como la hubiéremos practicado.

La *lujuria* es pecado horrendo, cuyo mismo nombre deben olvidar los cristianos, y cuya definición la indocilidad de nuestras pasiones no permite dar. Sus causales son el orgullo, la vida opipara, la ociosidad, la dureza con los pobres; de sus ocasiones hablamos al tratar del sexto mandamiento, y por resultados trae la *ceguera de espíritu*; la *dureza de corazón*; la *pérdida de la salud*; el *desorden en los negocios domésticos*; el *suicidio* y la *impenitencia final*. Vigilancia, es decir, mortificación, huir las ocasiones, oración, en especial meditación, y frecuencia de la confesión y la comunión, son los grandes correctivos de este vicio.

Siempre en pos de la impureza la *gula*; si bien de ordinario le va delante, que consiste en la afición desarreglada de comer y beber, ya sea por exceso, ya por sensualidad. Constituye este pecado no precisamente el regalo ó el gusto que se encuentra en los alimentos, sino el exceso ó falta de moderación en ellos, é incurrese en él de cinco maneras: 1.º comiendo antes de las horas acostumbradas, particularmente en días de ayuno; 2.º procurándose manjares exquisitos, harto costosos para los haberes del que se regala; 3.º comiendo ó

² Ephes. v, 5. *Uscabitis regnum suum in malis suis.* ¹ *Uscabitis imperium suum in malis suis.* ² Avaro nihil scelestius. (*Eccli.* x, 9)

bebiendo con exceso; 4.º abalanzándose vorazmente á un manjar, acción propia de animales; 5.º apeteciendo refinados condimentos¹. De la gula nacen la torpeza de la inteligencia, la destemplada alegría, la libertad de la lengua y á menudo la lujuria y sus tristes resultados. Entre los pecados de gula el mas odioso, el mas indigno del hombre, el que le pone bajo el nivel del bruto es la embriaguez, por cuanto en ese estado se expone á cometer mil desórdenes, es el oprobio de los demás hombres, destruye sus intereses, precipita el término de sus dias, y anda bajo la maldición de Dios. Contra la gula sirve de gran remedio la abstinencia y mortificación. ¡Qué santa costumbre seria no dejar pasar comida sin privarse de alguna cosa para honrar las privaciones de nuestro Señor en Belen, en Egipto y en Nazareth!

La envidia ocupa el quinto lugar entre esos monstruos que tiranizan y mancillan nuestro corazón: consiste en una aficción por el bien ajeno, cual si disminuyera el nuestro; y en la alegría de su daño, cual si fuera un beneficio para nosotros. Engendra este vicio la murmuración, la calumnia, los chismes y las interpestraciones maliciosas; el que á él se abandona imita al demonio, que envidioso de la suerte de nuestros primeros padres los arrastró al pecado, y sigue aun trabajando sin cesar en hacernos desgraciados; imita á Caín, que no pudiendo llevar el mérito de su hermano Abel lo mató con alevosía; imita á los judíos, que ofuscados por el brillo de las virtudes, de los milagros y del poder de nuestro Señor, no pararon hasta crucificarle. El modo de vencer este pecado es ejercitarse en la caridad fraterna, pensar que la envidia daña mas al envidioso que al envidiado, porque aquel se consume interiormente; y muchas veces Dios se vale de su propio pecado para realzar más al segundo; así vemos que aunque la envidia del demonio nos hizo perder el paraíso terrenal, también dió ocasion á que Dios enviara nuestro Señor á la tierra y nos franquease el paraíso celeste; los hermanos de José yenden á este jóven por envidia, pero Dios se vale de su delito para sublimarle mas, y hacerle señor hasta de ellos; Saul persigue á David por envidia, y Dios da á David el reino que arrebató á Saul. También es bueno recurrir á la humildad, á la mortificación, al desprendimiento de los intereses terrenos, cuyas virtudes impiden la

¹ Præpropere, laute, nimis, ardentem, studioso. (D. Thom. 2, 2, q. 118, art. 4).

excesiva afición á los placeres, honores y riquezas, que son los objetos ordinarios y los causadores de la envidia.

La ira es un movimiento impetuoso y desarreglado del alma que incita á la venganza y á rechazar violentamente lo que desagradá. Decimos movimiento desarreglado, porque puede haber una ira santa, justa y racional, como la de Moisés cuando los israelitas se pusieron á adorar el becerro de oro al pié del monte Sinai; la de nuestro Señor cuando arrojó del templo á las turbas escandalosas de mercaderes que convertían el templo en lugar de granjería y en caverna de ladrones. No siendo impulsada por la gloria de Dios ó el provecho del prójimo, ó traspasando los justos límites, la ira es un delito abominable que origina rencores, disensiones, injurias, homicidios, incendios y el trastorno de las familias. De lo dicho puede argüirse la exactitud de la comparación de san Basilio cuando observa que «la ira se parece á un perro, bueno cuando ladra contra los enemigos de su dueño, pero malo cuando acomete á los amigos de la casa¹.» El desorden de la ira consiste en tres cosas: 1.º en querer vengarse del inocente que no nos hizo ningun mal; 2.º en querer hacerlo de propia autoridad; 3.º en vengarse por enojo y no por celo de justicia. Un filósofo gentil aconsejaba, como remedio contra la ira, recitar el alfabeto ó beberse un vaso de agua fria antes de soltar la lengua; para nosotros los cristianos hay otro mas eficaz, y es fijar la vista en un Crucifijo, ó recordar un momento la paciencia de nuestro divino Dueño durante su sacratísima Pasión.

La pereza cierra este horrible catálogo de pecados. Es la pereza una cobardía ó repugnancia en llenar nuestro deber por no esforzarnos á cumplirlo. Siempre que nos hace faltar á un deber importante es pecado mortal; y regularmente produce el desprecio de los Mandamientos, el abandono á los vicios, la desesperación y el odio contra los que dejan la senda del mal para seguir la del bien. Hay además otra pereza espiritual que nos incita á olvidar nuestros deberes cristianos, y cierto no son pocos hoy dia estos perezosos espirituales. El mejor medio de evitarla es imponerse un régimen ordenado de vida, aprobado por un discreto confesor. Para curarnos de la pereza recordemos que el tiempo urge, que él es el precio de la eternidad, que cada instante perdido es una contingencia de infelicidad para el porvenir, que un galardón infinito espera al diligente jorna-

¹ In Orat. De Ira.

lero, y un castigo eterno al servidor perezoso; que todos nacimos para el trabajo, viniendo condenados á él como pecadores, y que á fuer de cristianos tenemos obligacion de imitar á Jesu Christo, cuya vida fué un trabajo continuado. No nos entreguemos al sueño, y al reposo sino en cuanto bastare para descansar el espíritu y el cuerpo, y ponernos en estado de volver á emprender nuestras ocupaciones.

3.º Pecados contra el Espíritu Santo. — Además de los pecados capitales, que segun acabamos de ver deben inspirarnos sumo recelo, hay otros á los que jamás tendrémos horror bastante, de los cuales figura en primera línea el pecado contra el Espíritu Santo. Este nuevo árbol de muerte se divide en seis ramas, á saber: *Desconfianza de la salvacion, presuncion de salvarse sin merecerlo, insistencia contra la verdad conocida, envidia de la gracia de otro, obstinacion en el pecado, é impenitencia final.* Se llaman pecados contra el Espíritu Santo, porque se cometen por pura malicia, particularmente el tercero, que es con mas propiedad el pecado contra el Espíritu Santo, á saber, la porfia en sostener ó querer probar que una verdad conocida es mentira. Llámase pecado contra el Espíritu Santo el pecar de malicia, porque al Espíritu Santo se atribuye la bondad opuesta á aquella, así como se llama pecado de ignorancia el pecado contra el Hijo, por ser su atributo la sabiduria, y pecado de flaqueza el pecado contra el Padre, por ser su atributo el poder.

Los pecados contra el Espíritu Santo tienen la circunstancia de que no se perdonan en este mundo ni en el otro; es decir, que es muy difícil obtener remision de ellos, pues la experiencia acredita que raras veces los que los cometen se arrepienten; así cuando decimos que una enfermedad es incurable, no se entiende que jamás pueda ser curada, sino que es muy difícil lograrlo, y por lo común no se logra. ¿Cuánto no debemos temer ese pecado contra el Espíritu Santo, cada dia mas comun en la tierra? ¡Qué infinito número de hombres, y aun de mujeres, viven obstinados en la maldad, indiferentes á todos los deberes de la Religión, á pesar de las amonestaciones de los ministros evangélicos, y de los tremendos avisos de Dios, como azotes, revoluciones, epidemias, etc. ¡Qué infinito número atacan, por medio de sus conversaciones, escritos y discursos, la Religión cuya verdad es clara y notoria como la luz del sol!

4.º Pecados que claman venganza al cielo. — Entre las fechorías

1 Matth. xii, 32.

que el hombre hondamente maleado despues de su degradacion, puede llegar á cometer, las hay que no se excusan ni disimulan bajo ningun pretexto, y son cuatro principales: El *homicidio voluntario*, el *pecado carnal contra naturaleza*, la *opresion de los pobres*, particularmente viudas y huérfanos, y la *defraudacion de salarios al jornalero*¹. Dicese que claman venganza al cielo, porque es tan patente su injusticia, tan acriminadora, que nada puede ocultarla ni acallarla: basta para hacerse cargo de la enormidad de estos delitos leer en la Escritura los tremendos castigos que Dios señala contra sus autores.

Acabamos de explicar qué es el pecado, y los diversos modos como puede romper nuestra union con el nuevo Adán. Ahora bien; ¿quién no temblará al considerar que el germen de este mal horrible vive en nosotros; que lo traemos desde el nacer, y que tiende continuamente á desarrollarse y perdernos, segregándonos del Salvador? Si, desgraciadamente si; el germen del pecado se contiene en nosotros; los mismos pecados capitales, origen de tantisimos mas, nacen de nuestras pasiones, de manera que éstas son el árbol, y los pecados el fruto. Aquel á quien no acomode semejante fruto, corte el árbol que lo produce: mas para esto conviene saber que las pasiones son de tres clases: *Amor de honores, amor de riquezas y amor de placeres*, tres concupiscencias que vienen á ser como tres anchas heridas causadas al linaje humano por la caída original. Hé aqui por qué el nuevo Adán, médico de este grande enfermo, quiso curarle naciendo, viviendo y muriendo pobre, humilde y paciente; siendo esta aparente bajeza que escandaliza al mundo la prueba mas palmaria de su honda sabiduria y de su infinita bondad, por cuanto es el bálsamo que derramó sobre nuestras llagas. Si deseamos permanecer unidos á él, debemos apresurarnos á ahogar dentro el corazon los gérmenes infaustos del pecado, único capaz de romper esta union; pero ahogarlos desde la infancia, porque mas adelante ya no seria tiempo. En efecto; las tres clases de pasiones indicadas despuntan luego en los niños; primeramente el orgullo, ó el amor de los honores, mostrándose regularmente tercios, altivos, vanos, y sentidos cuando no se satisfacen sus caprichos, y mas adelante aman las pequeñas distinciones, las preferencias y las li-

1 Genes. iv, xxviii; Exod. xxii; Jacob. v

2 Ubi supra.

sonjas. Todo eso al parecer no es muy reprehensible ni peligroso; pero yo digo que si no se anda avisado, esa afeccion será un viborezno dentro del seno que crecerá aprisa y acaso acabará por corroernos las entrañas: Amán pretendió ser honrado y lisonjeado, y se indignó de que Mardoqueo no hincara ante él la rodilla; ¿cuál fué el resultado? ¡que la sangre de un pueblo no le pareció bastante para lavar esta ofensa imaginaria!

Viene en pos el amor de las riquezas. La niñez, la juventud se paga de una porcion de chucherías, mueblecillos, vestiditos, composturas. Todo eso al parecer no es muy reprehensible ni peligroso; pero yo digo que si no se anda avisado, este afecto impropio será un viborezno criado en el pecho que crecerá y acabará por devorar las entrañas del que lo cobije: Judas, empezando por aficionarse al dinero, acabó por vender á su Maestro.

Sigue últimamente el amor á los placeres. Todos amamos lo que da gusto al cuerpo, descanso prolongado, manjares sabrosos, cama bien mullida, en una palabra, todo lo que puede halagar al gusto, á la vista, al olfato ó al tacto. Nada de eso os parece muy censurable y peligroso; pero yo os digo que si no se anda avisado, este afecto impropio será un viborezno que crecerá en vuestro seno y acabará por corroeros las entrañas: mirad aquella mujer cuyo nombre está en el Evangelio escrito con sangre y lodo, Herodías; empezando por gustar de divertirse, acaba pidiendo la cabeza de Juan el Bautista. Preguntad á todos los grandes criminales, y os responderán que antes de llegar á sus últimos excesos comenzaron por pequeños principios, y siguieron adelantando en insensible progresion, ¡Imprudentes! oid vuestra historia.

Un hombre que paseaba por el campo tropezó en un nido de víboras. Al primer impulso, lleno de miedo, retrocedió y se alejó rápidamente; pero habiendo reflexionado, cobró ánimo y volvió á coger el nido. Como si hubiese hecho una gran conquista, llevóse á su casa aquellos peligrosos reptiles y los alimentó con solicitud. No habria tres semanas que albergaba á tan interesante familia, cuando estuvo á verle un amigo. — ¿Qué haces? dijo este muy alarmado; si no ahogas estos bichos ahora que son jóvenes, y si continúas manteniéndolos, crecerán aprisa y acabarán por picarte: no dudes que serás víctima de tu imprudencia. — Déjate de quimeras, repuso el viborero, son pequeños; tiempo queda. Ya ves, por otra parte, que tomo mis precauciones: cuando sean peligrosos no faltará medio co-

mo quitármelos de delante. — ¡No es broma! te cogerán desprevenido; y diciendo esto el buen amigo se retiró sin convencer á aquel, pero no sin inquietud. — Quince días despues vuelve á verle y le encuentra presa de los mas acerbos dolores; ¡los dañinos viboreznos acababan de picarle! El prudente amigo se apresura á buscar algun alivio; pero es tarde, el veneno se ha infiltrado hasta el corazon, y la víctima espira en sus brazos.

Hé aquí la historia de un sinnúmero de cristianos cuyos desarreglos espantan: al nacer traen ya consigo todas sus pasiones; los mas cuidan poco de ahogarlás desde su germen, y al contrario halagan á estas pequeñas víboras y las alimentan con deslicillos al parecer poco peligrosos; éstos deslicillos, empero, van degenerando en hábitos; las pasioncitas toman consistencia: en vano se les predica que estos animalejos crecerán rápidamente y acabarán por corroerles las entrañas; su ceguera puede mas que todo; desprecian los avisos, y ¿qué sucede? que llega la hora tonta, ocurre una tentacion apremiante, y las pasioncitas olvidadas desde mucho tiempo, halagadas, alimentadas, tienen ya el vigor suficiente, y rompiendo los débiles vínculos que las sujetan, salen vencedoras y matan el alma.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme hecho conocer la fealdad y maldicia del pecado mortal; guardadme de caer jamás en él.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, nunca cometeré pecado venial con proposito deliberado, por ligero que me parezca.

rápidamente; pero habiendo reflexionado, cobró ánimo y volvió á coger el nido. Como si hubiese hecho una gran conquista, llevóse á su casa aquellos peligrosos reptiles y los alimentó con solicitud. No habria tres semanas que albergaba á tan interesante familia, cuando estuvo á verle un amigo. — ¿Qué haces? dijo este muy alarmado; si no ahogas estos bichos ahora que son jóvenes, y si continúas manteniéndolos, crecerán aprisa y acabarán por picarte: no dudes que serás víctima de tu imprudencia. — Déjate de quimeras, repuso el viborero, son pequeños; tiempo queda. Ya ves, por otra parte, que tomo mis precauciones: cuando sean peligrosos no faltará medio co-